

NARRATIVA



No apto para estómagos delicados

• Título: 'Sida mental'.
 • Autor: Lionel Tran.
 • Traducción: Laura Salas Rodríguez.
 • Editorial: Periférica (15 euros. 160 páginas).

Leer 'Sida mental' es observar el agujero de una herida producida en la piel. Observar ese agujero y meter el dedo dentro, remover ahí y hacer más grande la herida, disfrutar el dolor como una forma de placer, no sentir el dolor, sentir nada, experimentar las cosas a partir de una distancia glacial, erradicar los sentimientos de cualquier acto. Al fin y al cabo es lo que hace Lionel Tran (Lyon, 1971), autor de esta novela editada por Periférica, y que narra en primera persona el errabundo moral, vital y emocional del personaje protagonista en un período que va de 1971 hasta 1996. Para ello hace uso del bisturí (lo emplea sin anestesia) y su ficción sado-masoquista se parece a un gusano que penetra galerías oscuras, cada vez más tenebrosas, más profundas, ahí en lo más umbrío del alma del hombre. El lector es partícipe de todo esto y la lectura se convierte en un viaje incómodo y, en cierto modo, desafiante.

La novela se estructura en fragmentos y estas piezas dan saltos hacia delante y hacia atrás de forma constante, con el hilo conductor de la primera persona como voz narrativa. Cada fragmento aparece encabezado por la cifra del año en la que tiene lugar la acción: 1977, 1981, 1983, 1974, etcétera. Este ir-y-venir temporal permite enseñar al lector que apenas hay cambios en el protagonista, que todo es una continuidad gris, glacial, una línea monótona sin posibilidad de cambios, sin escapatoria, un callejón sin salida que se mueve por embriones de zonas industriales, autopistas de circunvalación o viviendas de protección oficial en barrios periféricos. Monotonía, redundancia e invariabilidad son constantes en 'Sida mental' y esto no lastra el discurso, sino que lo amplifica, lo hace más demoledor, profundo, como ese gusano del que hablaba antes y que va comiendo tierra y dejando sus excrementos según avanza hacia el abismo. Igualmente el desequilibrio emocional del personaje-narrador se multiplica con cada uno de los fragmentos y puede decirse que las humillaciones que sufre el protagonista por su madre (una mujer liberada, divorciada, moderna y que tiene el libro rojo de Mao en la sala de estar) hacen que el prota-

gonista se deje llevar por los impulsos más oscuros (sin que esto sirva para justificar su comportamiento). Asimismo, ya que diversos fragmentos aparecen encabezados con más de una fecha, encontramos que el texto es intercambiable a cualquier época, a diferentes períodos en los que se desarrolla la novela y esto amplía, sin duda, esa idea de repetición antes aludida.

La crueldad es un eje sobre el gravita esta novela. Crueldad entre los niños, crueldad de la madre hacia el protagonista-narrador. Crueldad über alles. Todo esto hace que el protagonista se comporte de forma salvaje y que invente fantasías de destrucción dentro de su cabeza. Por ejemplo, cuando imagina que es un hombre-bomba en un tren y acaricia el detonador que hará saltar en pedazos el vagón en el que se encuentra. También incluso fuera de su cabeza, más allá de su imaginación, ejecuta actos perversos, como cuando monta campos de concentración para moscas en el apartamento de un bloque de viviendas de protección oficial en el que vive con su madre y su hermana ("Los nazis hicieron con los deportados lo mismo que yo con los insectos"). Matar se convierte en una fantasía que ronda la cabeza del protagonista y se interroga sobre la posibilidad de matar a una persona: "Me pregunto si sentiría algo al matar a un ser humano". Estas cuestiones se plantean de forma aséptica, sin corazón. Los sentimientos están erradicados en este libro, como si el núcleo de las emociones estuviera deshabitado. Todo es gélido: el recuerdo de anécdotas, el presente, la memoria, incluso el lenguaje que utiliza el narrador. La crueldad es un bicho con dientes al que mima el protagonista porque todo lo que hay a su alrededor es atroz, violento o está rodeado de muerte. Así, por ejemplo, juega con sus playmobil y los dispone en línea como si estuvieran ante un pelotón de fusilamiento. El niño es feroz y dispara con la escopeta de perdigones de su madre y primero falla para después tirar a quemarropa con el fin de no fallar el disparo. La fascinación que siente por estas muertes de ficción se multiplica en sus formas (y en el fondo) cuando tortura una muñeca a la que corta el pelo, quema las pestañas y arranca las



Raigambre del violento

extremidades. Aquí el niño es brutal, bestial: "La sacudo hasta que me duele el brazo. El bebé ha sido malo. Tengo que castigarlo. Le meto una aguja de punto por su cosita. Le doy con la aguja en el culo. La voz falsa que hay en el interior de la muñeca llora cuando la tiro a la pared". El muchacho reproduce la crueldad que ve en la tele, la que encuentra en las páginas de una enciclopedia sobre la Segunda Guerra Mundial, la que aprende de su madre, una madre moderna que se mueve entre la liberalidad y la tiranía. No obstante, ya con quince años, el protagonista se dice a sí mismo: "Empiezo a tener miedo de mí, miedo de mis apetitos, miedo de la violencia que siento acechar en el fondo".

Todo esto hace que el protagonista se deje seducir por el dolor, lo que convierte sus relaciones con las chicas de su edad en una sexualidad estropeada, desviada. No siente nada con las adolescentes que quieren tener sexo con él e incluso el asco hacia ellas es algo normal cuando le meten la lengua en la boca. Hay, por tanto, una repulsión hacia el contacto físico. Solamente vemos una ocasión en la que el protagonista se sienta excitado a partir de

la proximidad con otro ser. Y eso sucede, únicamente, con su gato, cuando este le lame la cara y le muerde la nariz hasta que le hace sangrar.

El posible lector de esta obra debe estar atento y no abandonar rápido su lectura porque, en realidad, Lionel Tran consigue plasmar a la perfección un universo que describe algunos aspectos sórdidos del mundo en que vivimos, el mundo de aquellas personas que —desde el principio— no han podido escapar de una espiral de brutalidad y fiereza. Y Lionel Tran (hay que decirlo) dibuja este pequeño cosmos con gran acierto, con rotundidad, sin moralizar (que sea el lector el que saque la enseñanza), y radiografía perfectamente una crueldad silenciosa que solamente sufren, en manos del protagonista, objetos inanimados o insectos, como si esa miniaturización de la violencia fuera, en realidad, una metáfora de la macroviolencia que nuestro mundo vive y que aprende generación tras generación. Pero, ¿en qué momento la miniatura pasa a escala real? He ahí la cuestión. Por cierto: el autor afirmó a la prensa que la narración es un 95% autobiográfica.

Por Alfonso García-Villalba